

"INGALATERRA": PAÍS PERTENECIENTE A GRAN BRETAÑA

José “el ingalaterro” era, al igual que lo habían sido su padre y abuelo, el boticario de Tres Valles.

Cuando todo empezó tenía cuarenta y muchos años, como él decía, y estaba casado con Doña Leo, una mujer de Sevilla a quien conoció mientras estudiaba la carrera de Farmacia.

Hijo, nieto y biznieto de farmacéuticos, no tuvo mayor opción que recoger el testigo de tan noble ocupación, a pesar de que su mayor ilusión hubiera sido la de ser torero, como esos que veía elegantemente vestidos en las revistas que compraba su padre cuando iba a la capital.

De entre todos, su favorito siempre fue Don Antonio Bienvenida.

De todos los vecinos de Tres Valles era quien menos tiempo había vivido allí, pues con tan solo diez años sus padres le “encerraron” - como él decía - en un colegio de curas para hacer de él alguien importante, y, de paso, alejarle de los peligros del pueblo, que no eran otros que convertirle en un don nadie sin cultura alguna.

El día que más lloró en su vida fue precisamente ese en que tuvo que alejarse del pueblo que le vio nacer, y quizás esa pena fue la que le hizo, años después, volver con tantas ganas, a pesar de que su esposa no quisiera vivir en un pueblo tan pequeño y alejado.

El día de su marcha de Tres Valles – podía recordarlo solo con cerrar los ojos – lloró desde las siete (hora a la que se levantó) hasta las doce (hora en que se subió al autobús).

Él, que no quería estudiar pues aborrecía los libros, quería seguir viviendo allí en compañía de sus amigos Rafael “el cagao”, hijo del alcalde; Damián “el tuerto”, hijo del maestro; y Cosme “el civilico”, hijo del capitán de la Guardia Civil.

Su vida era Tres Valles, su fuente, sus montañas, su río, sus tres lagos y, sobre todo, sus amigos. Los cuatro - llamados “Dartamián y los tres mosqueteros” - recorrían el pueblo a diario, jugando a pistoleros o haciendo excursiones hasta los tres lagos para bañarse desnudos y nadar libremente.

Siempre juntos, y sin dejar que otro niño entrara en su grupo - por prescripción paterna - hacían todo tipo de diabluras, y no paraban hasta conseguir lo que se proponían, que casi nunca era algo bueno.

Los largos días de verano los pasaban jugando en el río, asustando las bestias del padre de Paco, o haciendo excursiones furtivas – ya que les estaban terminantemente prohibidas – hasta los tres lagos situados en el monte de Tres Valles.

Pero sin duda, su pasatiempo favorito, era el de tirar piedras sobre el tejado de la casa de Ana Quijano, y esconderse para poder verla.

Allí, mientras esperaban que saliera se apostaban cromos o canicas con la idea de saber quién de ellos sería el que conseguiría besar algún día a la muchacha más bella de todo el pueblo.

Como sucedía con Desiderio y con Paco, niños con los que no se relacionaban pues no eran de su misma condición social, estaban infantilmente enamorados de esa chiquita callada y preciosa, por la que serían capaces de cualquier cosa.

Sus apuestas y su osadía por acercarse a ella llegaban tan lejos que, a veces, sus padres tenían que castigarles severamente sin salir de casa en varios días.

Acercarse a casa de la niña por la noche y tirar una piedra sobre la ventana, llegándola a romper solo por el hecho de verla salir en pijama, era un riesgo que merecía la pena correr. Pero sus padres, sabedores de las malas artes de la madre de Ana, temían por la integridad de sus hijos si ésta los cogía alguna vez.

Otras de sus aficiones, quizás la más peligrosa aunque sin duda su preferida de las tardes de verano, era la de tirar piedras a las bestias de Paco “el arriero” y espantarlas. Ver cómo Paco y su padre corrían por el curso del río detrás de las bestias era un espectáculo que les hacía llorar de risa, y que bien merecía el tener que aguantar después la reprimenda de sus padres.

Las bestias pacían por las noches junto al río, justo bajo unas rocas, y ellos, sin saber el peligro que conllevaba, saltaban de roca en roca hasta colocarse justo sobre los animales. Desde allí, a unos cinco metros de altura, preparaban sus piedras y las lanzaban sobre los pobres animales que, atrapados entre las rocas y una valla de madera, relinchaban y se coceaban hasta que conseguían romper la valla y correr río abajo mientras ellos reían y reían.

Una de esas noches – era la víspera del primer día de Agosto de 1924 – la tragedia irrumpió en la vida de todo el pueblo, pero sobre todo en la de José “el ingalaterro”, entonces conocido por todos como José “el del boticario”.

Como tantas otras noches estaban saltando de roca en roca para llegar hasta los burros cuando escucharon el grito de Damián que, como siempre, era el que encabezaba la cuadrilla.

Su grito fue seco y corto, y segundos después el sepulcral silencio les hizo asustar.

La noche era tan oscura que apenas se veía a dos metros de distancia, y hasta los grillos, que siempre cantaban sus repetidas canciones, parecieron silenciarse en ese momento.

- ¡Dartamián – gritó Cosme sobresaltado, intentando encontrar a su amigo

- responde ¡joder! – gritó asustado Rafael “el cagao”, haciendo mención a su apodo

- no tiene ninguna gracia – gritó José, empezando a creer que no se trataba de una broma, pues había pasado mucho tiempo desde que escucharon el grito.

- ¿Podéis verle? – preguntaba Rafael, cada vez más asustado

- ¡Joder Damián, responde de una maldita vez! – el desconsuelo se hacía mayor entre los tres acobardados muchachos – será mejor que le busquemos

-¿estáis locos? – les detuvo Cosme en su intento por bajar entre las rocas, hablando imitando el tono serio y rudo de su padre – este terreno es bastante abrupto y está muy oscuro... Podríamos caernos también nosotros y las consecuencias serían funestas

- ¡Dartamián no se ha caído! – gritó el joven José, empezando a perder los nervios pues empezaba a comprender lo peligroso de la situación - ¡responde de una maldita vez... esto ya no tiene gracia!.

- Tenemos que llamar a nuestros padres – dijo Rafael, soltando una lágrima comprendiendo que su amigo se encontraba en dificultades – tenemos que llamarles – volvió a gritar completamente enloquecido y fuera de sí

- está bien – dijo Cosme, intentando calmar la tensa situación – esperad aquí. Yo iré a por ellos

- yo quiero ir contigo – dijo un abatido y derrotado José, que sufría creyendo conocer la suerte de su mejor amigo

- no, será mejor que vosotros intentéis encontrarle... Seguro que el pobre lo está pasando mal

- si no está muerto – dijo con tono sombrío Rafael

- ¡no vuelvas a decir eso! – le gritó Cosme, histérico también, antes de salir a correr en dirección al pueblo como nunca antes había corrido.

Mientras esperaban la llegada de los padres, Rafael y José llamaron a su amigo repetidas veces. Más asustados cada minuto que pasaba, escuchaban atentamente por si él les llamaba. Los dos empezaron a pensar en la terrible consecuencia de su broma, dejando parte de su infancia en ese tétrico momento.

Dos horas más tarde, y en compañía de todo el pueblo, el cuerpo de Damián fue sacado de entre las rocas con la cabeza ensangrentada y el cuerpo magullado, mientras su padre, ese maestro de pronunciado bigote, siempre serio y arrogante, lloraba de igual forma que esos tres desvalidos niños.

Durante varias horas estuvieron limpiándole las heridas en el pequeño ambulatorio situado en la parte trasera de la botica, e intentando reanimarle, mientras el resto del pueblo, incluidos los tres afectados y desconsolados amigos, esperaban en la fría plaza.

A las dos de la madrugada – en el reloj de la plaza sonaba la campana de la media hora en ese mismo momento – el padre de José “el ingalaterro” salía por la puerta con el gesto serio y compungido.

No hizo falta decir nada... Solo con una intensa y triste mirada que dirigió a su hijo hizo que todo el pueblo comprendiera que el pobre Damián había muerto.

Unos meses más tarde José salió del pueblo en dirección a Madrid. Sus padres, que ya habían pensado en alejarle del pueblo para hacerle un hombre de carrera, no lo dudaron a pesar de la negativa del asustado muchacho. Allí estuvo estudiando secundaria hasta ingresar en la universidad.

Pensar que Dartamián estaba enterrado bajo tierra mientras él vivía tan tranquilamente le hizo adentrarse en una crisis de la que le costó salir muchos años. Las pesadillas relacionadas con esa fatídica noche le acompañaron durante toda su juventud.

Damián no solo era su amigo, era también su héroe, el muchacho a quien siempre había imitado y respetado. Fue él mismo quien le puso el nombre de “Dartamián”, intentando así demostrar a los demás que era él quien mandaba, y no Rafael como pretendía hacerles creer en todo momento simplemente por ser el hijo del alcalde.

Durante varios años vivió bajo la sombra de su muerte, y eso le hizo no relacionarse con nadie, optando por los estudios para pasar un tiempo que se le hacía monótono e interminable.

A pesar de que nunca le había gustado estudiar deseó fervientemente ser médico para poder así salvar a los niños como su amigo Damián, y ayudar así a personas que no merecen morir, sobre todo tan jóvenes, pero las notas obtenidas en sus años anteriores no se lo permitieron.

Gracias a las amistades que aún conservaba su padre, de sus tiempos de estudiante, consiguió entrar en la Escuela de Farmacia, donde terminó sus estudios con más pena que gloria. Pero, a pesar del festivo ambiente jovial que habían en el campus universitario, José seguía siendo un hombre apocado, triste, de funesta mirada y pocos atisbos de sonrisa se habían visto en su rostro.

Su último año de carrera lo pasó en Inglaterra. Aprovechando una beca que ofrecían a estudiantes españoles pensó que allí podría ver la vida de otro color, olvidar todos los miedos que aún le acompañaban y alejar de una vez unos fantasmas que creía que siempre estarían a su alrededor.

Fue precisamente en Inglaterra donde conoció a Leo, una muchacha sevillana que le hizo olvidar todas sus angustias.

Al principio José no pareció muy interesado en ella, incluso le resultaba poco atractiva, pero debido a la insistencia de la joven, que no dejaba de perseguirle por todo el campus universitario español, y a su propio aburrimiento, decidió darle una oportunidad. Además, con ella era con la única persona con quien podía hablar como siempre había hecho en el pueblo, sin necesidad de utilizar unas eses finales que no le salían.

Ella, aparte de buena estudiante, era una joven con ganas de aprender de todo. Le gustaba mucho la música, bailar, canturrear – siempre lo estaba haciendo – y adoraba, por encima de todo, la tortilla de patatas... Siempre estaba recordándola.

¿Qué tenía que perder si era ella la única que parecía interesarse por su amistad tras más de medio año en ese frío y nubloso país?. Dos meses después de su primera cita ya estudiaban juntos en la habitación de José, e incluso alguna noche dormían juntos, siempre con el cuidado de que nadie les descubriera.

De Leo le enamoró su valentía, su don de palabra, y los pocos prejuicios que conocía. Como ella misma decía ella había nacido en un país equivocado, y no dudaba en besarle, en abrazarse a él, e incluso en pedirle que la desnudara sin ningún tipo de complejo como sucedía con el resto de mujeres que él había conocido.

La primera vez que hicieron el amor – en su pequeña habitación londinense – José volvió a ver, una vez más, a una mujer distinta. Leo había dejado de ser esa muchacha simpática y habladora, para convertirse en un auténtico torbellino sexual.

Él, que no conocía experiencia alguna con el sexo, notó en ella una autosuficiencia alejada de la inexperiencia de la que presumía. Era como si esa mujer hubiera nacido para hacer el amor, como si su único objetivo en la vida fuera ese, y si era así – pensó José entre sus brazos – ya lo había cumplido, y con creces.

A partir de ese día Leo pasó a tomar el mando en la relación, convirtiendo al arrogante y arisco muchacho en un ser apocado y sumiso, reacio a llevar la contraria a la dueña de su nueva felicidad.

Al volver a España y terminar sus estudios – no habían pasado ni seis meses desde que se conocieron - decidieron casarse, aunque no estuvieran muy de acuerdo en el destino para su futuro.

Ella quería regresar a Sevilla, pero él deseaba volver a Tres Valles y hacerse cargo de la botica que su padre regentaba.

Durante diez años, debido a la insistencia de Leo, quien parecía ejercer un poder absoluto sobre él, estuvieron viviendo en Sevilla, pero José, a pesar de seguir enamorado de ella, no fue feliz ni un solo día. Él quería regresar al lugar de su infancia y saber qué era de sus amigos, a quienes no veía desde el desgraciado accidente.

Cansado de trabajar en unos laboratorios donde no le pagaban suficiente, y de vivir a expensas de las decisiones de su dictatorial esposa tomó la decisión de volver a Tres Valles.

Su padre había muerto unos meses atrás, y su madre no tenía fuerzas para seguir con el negocio por lo que le propuso que recogiera el testigo de su progenitor o tendría que traspasarlo.

Ellos tenían ante sí la oportunidad de trabajar por fin en lo que tanto deseaban, en una farmacia propia, a pesar de que Leo no estuviera dispuesta a acabar en un birrioso pueblo alejado de la mano de Dios como era, para ella, Tres Valles.

Así, después de muchas discusiones, e incluso algún que otro encontronazo físico, consiguió convencer a su esposa de que en ningún lugar estarían tan cómodos como en Tres Valles, regentando su propio negocio.

Doña Leo lo pasó mal los primeros años en Tres Valles pues la gente, como siempre pasaba con los extraños, parecía reacia a aceptarla.

Fue gracias a Doña Sofía, la nueva maestra, por la que poco a poco fue adaptándose a la nueva vida en Tres Valles.

Doña Sofía, que por entonces salía con Rafael, también era nueva en el pueblo, y juntas consiguieron adaptarse a unas costumbres desconocidas y que no comprendían.

Doña Leo, poco a poco, fue ganándose el respeto de sus vecinas, y no tardó en tomar el mando en los asuntos relacionados con la iglesia, lo que hizo que terminaran respetándola.

Su marido, a quien rápidamente apodaron “el ingalaterro”, pues era el único de sus vecinos que había estado en lo que ellos llamaban “Ingalaterra”, pasaba horas en el cementerio frente a la tumba de su joven amigo, o en compañía de Don Rafael, ahora alcalde de Tres Valles como lo fue su padre, y de Don Cosme “el civilico”, que también había recogido el testigo de su progenitor.

Al año de su regreso a Tres Valles consiguieron lo que no habían podido durante tantos años en Sevilla. Un milagro inesperado les sorprendió, y tuvieron su primer hijo, un niño que cambió el serio rictus de Doña Leo, y a quien llamaron Damián.

Ellos, que ya creían imposible el poder concebir un hijo, a pesar de numerosas y variopintas terapias llevadas a cabo en Sevilla, consiguieron cumplir su sueño sin casi esperarlo.

- Ves mujer – decía mientras masajeaba la barriga de su esposa – ves como aquí todo es distinto.

Dos años después tuvieron su primera hija, y ya por entonces Doña Leo consiguió el reconocimiento de las demás mujeres del pueblo, convirtiéndose no solo en una más, sino en la encargada de dirigir las misas y todo lo relacionado con la iglesia o con cualquier cosa relacionada con las mujeres de Tres Valles.